

dad de los empleados judiciales. La reforma en la Iglesia se dió la mano con las innovaciones del Estado. Los simples ciudadanos habían tomado el puesto de los magistrados constituidos en las funciones políticas; los simples fieles usurparon á los sacerdotes las funciones religiosas. Lutero atentó contra el sacerdocio público; Calvino lo reemplazó en la familia. Entró el popularismo en el Estado y el presbiterianismo en la Iglesia. El ministerio público pasó al pueblo en tanto que se abrogaba el soberano poder, y entonces fueron proclamados los dos dogmas correlativos á los dos estados, la democracia religiosa y la democracia política; el uno diciendo que la autoridad religiosa reside en la corporación de los fieles, y el otro que la soberanía política reside en la sambla de los ciudadanos.

«Con el cambio de principios vino el cambio de costumbres: los nobles dejaron la hermosa carrera de la judicatura para dedicarse exclusivamente al ejercicio de las armas. La licencia militar acabó de relajar los nudos de la moral; las mujeres llegaron á ejercer influencia en el ministerio público; el lujo se aclimató en la corte y en las ciudades; las delicias de las ciudades se antepusieron á las rudas tareas de la agricultura; á falta de consideración pensaron en obtener títulos; la nobleza se puso en venta al mismo tiempo que se estaba haciendo almoneda de los bienes de la Iglesia. Extinguiéronse los nombres ilustres; las primeras familias del Estado cayeron en la pobreza; el clero perdió su autoridad y su consideración, y por último, el filosofismo, surgiendo del fondo de aquel caos religioso y político, concluyó de dar al traste con la conmovida moral.»

Ese pasaje muy digno de atención, está tomado de la *Teoría del poder político y religioso*, obra prohibida por el Directorio, y de la cual no pudieron salvarse sino unos pocos ejemplares. De desear sería que se publicara un resumen de ese interesante libro, superior á la *Legislación primitiva*, y del cual este puede decirse que no es mas que un extracto. Entonces se vería de dónde salen todas esas ideas tan nuevas en política, que algunos escritores ostentan en la actualidad sin indicar siquiera el origen de donde las toman.

Por lo demás, nos gloriamos de haber encontrado en la obra de Mr. de Bonald una confirmación de los principios literarios y religiosos que hemos proclamado en el *Genio del Cristianismo*. Algunas veces avanza todavía mas que nosotros mismos, pues ciertamente no nos reconocemos con autoridad para atrevernos á afirmar como él: *que hoy es preciso tomar las mayores precauciones para no caer en ridículo al hablar de mitología*. Creemos que un ingenio fecundo puede sacar aun muchos tesoros de esa mina; mas también pensamos, y tal vez seremos los primeros que lo hemos dicho, que hay mas recursos para la poesía dramática en la religión cristiana que en la de los antiguos; que las innumerables maravillas que necesariamente resultan para el poeta de la lucha de las pasiones y de una religión casta é inflexible, pueden recompensar ampliamente la pérdida de las bellezas mitológicas. Aun cuando no hubiéramos conseguido mas que hacer nacer una duda acerca de esa importante cuestión literaria, decidida en favor de la Fábula por las mas grandes autoridades ¿no podría decirse que hemos alcanzado casi una especie de victoria (1)?

(1) La misma madama Staël, en el prefacio de una novela, se digna hacernos alguna concesión, y convenir en que las ideas religiosas son favorables al desarrollo del genio; sin embargo, esa señora parece haber escrito su libro para combatir esas mismas ideas, y demostrar que nada hay mas árido que el cristianismo ni mas tierno que la filosofía. ¿Lo ha conseguido? Al público es á quien le toca decidir; mas por lo menos ha dado nuevas pruebas de una inteligencia distinguida y

Mr. de Bonald clama también contra esos espíritus tímidos que, por respeto á la religión, la dejarían voluntariamente perecer. Sobre este particular se expresa casi en los mismos términos que nosotros.

«Cuando desde un extremo al otro de Europa se desconocen esas verdades necesarias al orden social... ¿habrá necesidad de justificarse ante espíritus tímidos y almas timoratas, por haberse atrevido á levantar un pliegue del velo que ocultaba esas verdades á las miradas poco atentas? ¿Habrá cristianos de fe tan débil que teman que esas verdades serán menos respetadas á proporción que serán mas conocidas?»

En medio de esas sangrientas críticas que nos han asaltado desde nuestros primeros pasos en la literatura, confesaremos que es muy lisonjero y consolador ver hoy nuestro débil trabajo aprobado por un hombre como Mr. de Bonald. Sin embargo, nos tomaremos la libertad de decirle que en la ingeniosa comparación que hace de su obra con la nuestra, acredita que sabe usar mejor que nosotros las armas de la imaginación, y que si no las emplea mas amenudo, es porque se desdén de hacerlo. El es, por mas que diga, el sabio arquitecto del templo, del cual no somos mas que un hábil decorador.

Mucho es de sentir que Mr. de Bonald no haya tenido el tiempo ni la fortuna necesaria para reunir en un solo tomo su *Teoría del poder*, el *Divorcio*, la *Legislación primitiva*, y sus diversos *Tratados de política*. Pero la Providencia, que dispone de nosotros, ha marcado otros deberes á Mr. de Bonald: ha pedido á su corazón el sacrificio de su talento. Ese hombre raro y modesto, está consagrando sus momentos á una familia desgraciada, y las atenciones paternales le hacen olvidar las exigencias de la gloria. A él se podrá aplicar el elogio que la Escritura hace de los patriarcas: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes; pacificantes in domibus suis.*

El talento de Mr. de Bonald nos parece aun mas profundo que alto; profundiza mas que lo que se levanta. Su espíritu nos parece penetrante y sólido á un mismo tiempo; su imaginación no va siempre como las imaginaciones eminentemente poéticas, arrebatada por un sentimiento vivo ó una gran imagen; es espiritual, es ingeniosa, y de aquí proviene que en ella haya mas calma que movimiento y mas luz que calor. Los sentimientos de Mr. de Bonald, respiran en su totalidad ese honor francés, esa probidad que constituyen el carácter dominante de los escritores del tiempo de Luis XIV. Comprendese que esos escritores llegaron á descubrir la verdad, no tanto por la fuerza de su espíritu, como por la rectitud de su corazón.

Son tan raras las veces en que hay ocasión de presentar al público hombres y libros de este género, que por lo tanto debe perdonársenos la longitud de este extracto. Al irse extinguiendo por grados las claridades que brillan todavía en nuestro horizonte literario, natural es que las miras se fijen con placer en una nueva luz que empieza á aparecer. Todos esos hombres gloriosamente envejecidos en la profesión de las letras; todos esos escritores conocidos desde hace mucho tiempo á quienes nosotros sucederemos, pero no reemplazaremos, han visto días mas afortunados, pues vivieron con Buffon, con Montesquieu y con Voltaire; Voltaire habia conocido á Boileau; Boileau habia visto morir al anciano Corneille, y Corneille, siendo aun joven, oyó tal vez los postreros acentos de Malherbe. Esa magnífica cadena del genio francés ha venido á romperse; la revolución ha abierto un abismo que separa para siempre lo pasado y el porvenir.

de una imaginación brillante, y por mas que intenta hacer prevalecer opiniones que hielan el corazón, en toda su obra campea esa bondad que los sistemas filosóficos no han podido alterar, y esa generosidad que nunca ha sido reclamada en vano por quien la haya necesitado.

No se ha formado una generación media entre los escritores que acaban y los escritores que principian. Solo un hombre tiene todavía en sus manos el encadenamiento de la antigua tradición, y permanece de pie en ese intervalo desierto. No será difícil conocer á quien la amistad, sin atreverse á revelar el nombre, designa con estas palabras, y á quien el autor célebre, oráculo del gusto y de la crítica, ha designado por sucesor. Sin embargo, si los escritores de la nueva época, dispersados por la tormenta, no han podido para instruirse aprovechar las autoridades de otro tiempo, sino han tenido otro recurso que su propio ingenio ¿no podrá también decirse que la soledad y el infortunio son famosas escuelas? Compañeros de unas mismas contrariedades, amigos antes que autores, ¿qué nunca vean surgir entre ellos esas abominables envidias que con demasiada frecuencia han deshonrado la noble y consoladora profesión de las letras! Mucho valor y mucha unión necesitan todavía; las le-

tras conservaron durante largo tiempo el estrechamiento que les comunicó la tempestad. Las letras produjeron la revolución, y serán el último asilo de las animosidades revolucionarias. No basta medio siglo para calmar tantas vanidades comprometidas, tantos amores propios lastimados. ¿Quién podrá, pues, prometerse ver días mas serenos para las musas? La vida es demasiado corta, y se parece á las carreras de los juegos funerales en los tiempos heróicos, un breve espacio, limitado por un sepulcro.

Ἐκκελεύγοι ἀνορ ὄσοι, etc.

«Por este lado, dijo Nestor á Antíloco, se mantiene en pie el desnudo tronco de una encina: dos piedras lo sustentan en medio de un angosto sendero: es una antigua tumba y el límite señalado á vuestra carrera.»

SOBRE LA PRIMAVERA DE UN PROSCRIPTO.

POEMA POR M. J. MICHAUD.

Enero 1803.

Voltaire dijo: «*Cantad vuestros placeres ó suspended el canto.*» ¿No podría decirse con la misma exactitud: «*Cantad vuestras desgracias ó dejad los cantares?*»

Condenado á muerte durante la época del Terror, viéndose obligado á huir por segunda vez despues del 18 *Frucción*, fue recibido en las montañas de Jura el autor de la *Primavera de un Proscrito*, por unos corazones hospitalarios, y pudo en el cuadro de la naturaleza encontrar á un mismo tiempo consuelo y pábulo á sus pesares.

Cuando la mano de la Providencia nos aleja del trato de los hombres, nuestros ojos menos distraídos se fijan en el espectáculo de la creación, y descubren maravillas que tal vez ni siquiera habíamos sospechado. Desde el fondo de la soledad se contemplan las tempestades del mundo, á la manera que el hombre arrojado á una isla desierta, se complace en mirar con secreta melancolía las olas que se estrellan sobre la costa en que naufragó. Despues de la pérdida de nuestros amigos, el corazón, si no ha sucumbido al dolor, se concentra en sí mismo, y forma el propósito de no dar cabida á ningún otro afecto, y vivir únicamente de recuerdos. Semejante situación nos hace muy poco aptos para la sociedad; pero al mismo tiempo nos hace mucho mas sensibles. Penetre en la profundidad de los bosques el que se halle abrumado de penas; ande errante bajo su móvil bóveda; trepe á la cima desde donde se descubre un inmenso paisaje, ó el sol levantándose sobre los mares; su dolor no resistirá á semejante espectáculo. No es decir que olvidará lo que ama (pues entonces ¿quién no temería el consuelo?); sino que el recuerdo de sus amigos se confundirá con la calma de los bosques y de los cielos; conservará esa dulzura, y no perderá mas que su amargura inquietud. ¡Felices los que aman la naturaleza! Ella les saldrá al encuentro y les consolará en el día de la adversidad.

Estas reflexiones nos han sido inspiradas por el amable libro que anunciamos. Su autor no es un poeta que busca únicamente la pompa y la perfección del arte; es un desgraciado que se entretiene consigo

mismo, y que pulsa la lira á fin de dar armonía á la expresión de su dolor; un proscrito que dice á su libro como Ovidio á los suyos:

«Libro mio, irás á Roma, irás á Roma sin mí... ¡Ah! ¡No es lícito á tu señor ir contigo! Parte; pero místicamente, como debe hacerlo el libro de un poeta desterrado.»

La obra dividida en tres cantos se abre por una descripción de los primeros hermosos días del año. El autor compara la tranquilidad de los campos con el terror que dominaba entonces en las ciudades, y en versos naturales y fáciles hace la siguiente pintura del labrador que daba asilo á los proscritos:

«Amigo de los desgraciados en esta edad de hierro, llora sus infortunios, alivia su miseria, y les abre las puertas de su cabaña como si fueran sus propios hijos. Los que le deben su felicidad, encuentran bajo la discreta sombra del bosque que ha plantado, asilo en que librarse de la persecución de sus crueles enemigos. Allí oculta el pálido fugitivo sus temores, y lejos de las facciones y del tumulto de las armas, lamenta en paz los males que pesan sobre la agitada patria.»

Su religión perseguida en las ciudades encuentra también á su vez asilo en los bosques, aunque en ellos ha perdido ya sus altares y templos. Describe el poeta esas religiosas escenas del modo siguiente:

«Alguna vez en medio del profundo silencio de la noche, vienen los habitantes de la cabaña reunidos por un santo celo á ofrecer al Dios, cuya paternal bondad está siempre hondamente grabada en su memoria y en su afecto, los votos de la inocencia y flores de la primavera en vez de incienso. El eco repite en los bosques los tímidos acentos de su fervorosa oración.»

«Mas ¡Ah! ¿Qué se ha hecho la antigua iglesia, la cruz de piedra, la torre que se elevaba hacia el cielo, la campana, cuyo vibrante sonido reemplazaba la extinguida voz de las amadas prendas que dormían en eterno silencio; el santo de la aldea, cuyo piadoso brillo y rústica imagen realizaba la luz al pasar por el gótico roseton de vidrios de color? ¿Qué se ha hecho aquel sagrado recinto donde se proclamaba el perdón de las ofensas y el amor á nuestros enemigos? ¿Por

«qué no resuena ya en él la voz del venerable pastor que para cada infortunio ofrecía una esperanza?»

Estos dulces y piadosos pensamientos, expresados como ya se ha dicho, en versos fáciles y naturales, se adunan perfectamente con los objetos de que se compone el fondo del cuadro. Sabido es que las iglesias dan un carácter singularmente moral á las aldeas y barriadas campestres. Lo primero en que se fijan las miradas del viajero, es en la cruz que domina el campanario, y cuyo aspecto despierta en su mente una multitud de ideas y de recuerdos. Es la cúspide de la fúnebre pirámide en derredor de la cual duermen los antepasados; pero también es el monumento de alegría desde donde la campana anuncia la vida de los fieles. Allí es también, en aquel recinto, donde los esposos se juran fidelidad: allí, es donde los cristianos se prosternan al pie de los altares, el débil á implorar al Fuerte de los fuertes, el culpable á suplicar al Dios de las misericordias, el inocente á celebrar al Padre de toda bondad. Colocad un campanario campestre en un paisaje que parezca desnudo, árido y triste, y al punto vereis cómo todo se anima: las dulces ideas de pastor y rebaño, de asilo para el viajero, de limosna para el peregrino, y de hospitalidad y fraternidad cristiana, renacerán por todas partes.

Una cura de aldea, no queriendo, á pesar de su sentencia de muerte, abandonar el rebaño yendo de noche á consolar al labrador, era un cuadro que naturalmente no podía menos de presentarse á la imaginación de un poeta proscripto. Para pintarlo se valió de estos conceptos.

«Errando va por el seno de los bosques: ¡Oh noche silenciosa, protege con tu amiga sombra sus piadosos pasos! Si aun le están reservados nuevos padecimientos, ¡oh Dios! no le niegues tu apoyo. El clamor de esa aldea te lo pide en su nombre. Vosotros, ¡los que os sentís todavía instigados de una cruel animosidad, respetad las virtudes de que ese sacerdote es modelo. Habiéndose podido librar de los calabozos, habiéndose veinte veces visto cargado de cadenas, todavía predica el perdón de los males que ¡ha sufrido, y prestando benigna atención á los lamentos del que padece, va á su morada á enjugar las lágrimas que vosotros le arrancais. Al pasar huyendo por estos fértiles valles, pobre y sin esperanzas, bendice nuestros campos. Solo él desea ofrecerse como víctima á la indignación del cielo. Y en medio de este impío siglo en que el crimen reina pacíficamente, en medio de las calamidades á que nos condena un cruel destino, él es quien nos enseña á vivir y nos ayuda á morir.»

Llenas están en nuestro concepto esas ideas de sencillez y de unción. En vista de ellas creemos no habernos engañado mucho al decir que la religión es favorable á la poesía, y que el no valerse de sus imágenes es privarse de uno de los medios mas poderosos de conmover el corazón.

El autor, oculto en su desierto, recuerda los amigos que no volverá á ver, diciendo:

«¡Ah! Que no me sea dado ver en mi humilde retiro al inmortal intérprete del poeta latino. El fue quien me inspiró esta pura afición al campo, y consagró sus cantos á los espectáculos que me son tan amados. Enlazando estrechamente su ingenio con el de Virgilio, creció semejante á la vid frondosa que se abraza al olmo que le sirve de apoyo, siguiendo ¡las mismas inclinaciones, y elevándose con él. Ya no está con nosotros; su musa desterrada (1), se lamenta alligida y proscripta en otras riberas. ¡Oh cantor del infortunio, no te volveré á oír! Y vosotros, cuyos talentos y virtudes yo admiraba. ¡Ah! ¡ya pierdo la esperanza de poder educar mi juventud

(1) Mr. Deffille á quien alude esta idea, estaba desterrado en Inglaterra.

ni ayo la inspiración de vuestra austera sabiduría. Fontanes, cuya voz era consuelo de las tumbas; Saint-Lambert, dulce cantor de la virtud de las cabañas; Morellet, cuya pluma elocuente y atrevida abogó por la desgracia ante la tiranía; Suard, que compitiendo con Addison reunía el talento á la imaginación, y la gracia al raciocinio; La Harpe, que proclamabas los oráculos del gusto; Sicard, cuyos trabajos casi pueden llamarse milagros; Jussieu, La Place y tú virtuoso Daubenton, que me enseñaste secretos que Buffon no conoció, ¡no os volveré ya á ver!»

Estos interesantes recuerdos y los elogios que con este motivo da el autor á sus amigos, tienen el raro mérito de estar acordes con la opinión del público: todo esto nos parece participar del gusto de la antigüedad. ¿No es así como se lamentaba el poeta latino que hemos citado al escribir á los amigos que había dejado en Roma? «Hay, decía Ovidio, en el suelo natal, una indefinible dulzura que nos atrae, nos encanta, y no nos permite olvidarla... Vosotros, querido Rufino, pensais que los padecimientos que me quitó la vida, cederán á los consuelos que me enviáis en mi destierro: principiad, pues, ¡oh amigos míos! á ser menos amables, á fin de que sin vosotros pueda vivir con menos pesares.»

¿Quién no se siente enternecido al leer el nombre de Mr. de La Harpe en los versos de Mr. Michaud? Apenas os encontráis con las personas que os son amadas, cuando ya es preciso separarse de ellas y tal vez para siempre. Nadie comprende mejor que nosotros toda la extensión del infortunio que en estos momentos amenaza á la literatura y á la religión. Hemos visto á Mr. de La Harpe abatido como Ezequías bajo la mano de Dios: solo una fe viva y una santa esperanza pueden infundir una resignación tan completa, un valor tan grande, unos pensamientos tan sublimes y elevados en medio de los dolores de una lenta agonía y de los sufrimientos de la muerte.

Los poetas se complacen en pintar las desgracias del destierro, tan fecundas en sentimientos tiernos y tristes. Por eso cantaron á Patrolo refugiado en la tienda de Aquiles, á Cadmo abandonando los muros de Sidon, á Tideo retirado en los hogares de Adrasto y á Teucro buscando asilo en la isla de Venus. El coro en la tragedia de *Ifigenia en Taurida*, quisiera poder atravesar los aires. «Pararía mi vuelo, dice, en el techo de la casa paterna; volvería á ver aquellos sitios tan gratos á mi memoria, donde á la vista de una madre, celebré un inocente himeneo.» ¿Quién no conoce el *Dulces moriens reminiscitur Argos*? ¿Quién no recuerda á Ulises vagando lejos de su patria y deseando, como única felicidad ver el humo de su palacio? Mercurio lo encuentra sentado tristemente en la ribera de la isla de Calipso: *miraba, derramando lágrimas, aquel mar eternamente agitando* (irrequietum).

Admirable concepto que Virgilio ha traducido aplicándolo á las Troyanas expatriadas:

..... Cúntaque profundum
Pontum aspectabant flentes.

Esa palabra *flentes* puesta al fin de la frase es de muy buen efecto. Ossian pintó con colores diferentes pero mucho mas seductores una joven muerta lejos de un país en tierra extranjera.

«There lovely Moina is often seen when thee sun-beam darts on the rock, and all around is dark. There she is seen, Malvina, but not lik, the daughters of the hill. Her robes are from the stranger's land, and she is still alone.»

«Cuando un rayo del sol da en el peñasco, y en derredor todo está oscuro, allí es (en la tumba de Carthon y de Clesamor) donde suele aparecer la sombra de la encantadora Moina. Allí suele verse con

frecuencia, ¡oh! Malvina, pero no como las jóvenes que viven en aquella colina. Sus vestidos son como los que se usan en país extranjero, y todavía está solitaria.»

De la dulzura con que el autor del poema de la *Primavera* se queja, puede inferirse que estaba afectado de esa dolencia que se llama *mal del país*, de esa enfermedad que ataca particularmente á los Franceses que se hallan lejos de su patria. Los médicos han dado á esa tristeza del alma el nombre de *nostalgia*, compuesto de dos palabras griegas, *νόστος* regreso, y *αλγος*, dolor, porque no puede curarse sino regresando al hogar paterno. ¿Cómo no había de emplear Mr. Michaud, que tan tiernos suspiros sabe arrancar á su lira, sensibilidad al tratar de un asunto que el mismo Gresset no pudo cantar sin enternecerse? En su oda al *Amor de la Patria*, se encuentran las siguientes ideas:

«¡Ah! si en su deplorable correría cierra los ojos en eterno sueño sin volver á ver la grata region donde para él brilló por primera vez la luz; desde allí dirige su postrer suspiro; desde allí su agonizante ternura quiere que sean traídos sus huesos. La tierra de una region extranjera sería menos ligera á sus abandonados manes.»

En medio de los dulces consuelos que el retiro suministraba á nuestro poeta, se le oye exclamar:

¡Oh días hermosos de la primavera! ¡Oh valles risueños! ¿Qué obra maestra del arte podrá competir con vuestra hermosura? No vale todo Voltaire lo que un rayo de la aurora ni la flor mas modesta que el céfiro hace abrir.

Pero ¿no expresó también alguna vez ese Voltaire (cuyas impiedades detestamos tanto como Mr. Michaud), pensamientos análogos á los anteriores por su amable ternura? ¿No sintió también hasta esos dulces recuerdos de la patria? Dirigiéndose en cierta ocasión á madama Denis le decía: «Os escribo al lado de la lumbre con la cabeza cargada, el corazón lleno de tristeza, y la vista fija en el río Spree, porque este cae en el Elba, el Elba en el mar, y el mar recibe el Sena, cuyas aguas pasan cerca de nuestra casa de París.»

Dícese que un francés que tuvo que emigrar durante el Terror, compró una barca en el Rhin, y se acomodó en ella con su mujer y sus dos hijos. Como no tenía dinero, en ninguna parte encontraba hospitalidad. Cuando lo expulsaban de una orilla pasaba sin quejarse á la otra, y finalmente, si en ambas era igualmente perseguido, echaba áncoras en mitad de la corriente. Su ocupación era pescar para alimentar á su familia; pero los hombres le disputaban esos socorros de la Providencia enviándole algunos miserables pececillos que servían de alimento á sus hijos. Por la noche saltaba á tierra para coger yerbas secas con que hacer lumbre, y en tanto su mujer se sentía agoviada de mortal inquietud hasta que lo veía volver. Esa familia, á la que nada podía echarse en cara mas que sus desgracias, no tenía en toda la vasta extensión del globo un rincón donde reclinarse su cabeza. Habiéndose visto obligada á hacerse salvaje en medio de cuatro grandes naciones civilizadas, no tenía otro consuelo que andar vagando por la frontera de Francia, desde donde alguna vez podía respirar el aire que había pasado por su país.

Monsieur Michaud andaba asimismo errante por la cumbre de los montes, desde donde podía por lo menos descubrir la cima de los árboles de la patria. ¿Mas cómo había de entretener el tiempo en un país extranjero? ¿Cómo había de ocupar sus días? ¿No era natural que en semejante situación fuese á visitar aquellas tumbas campestres en que placidamente las almas cristianas han terminado sus días de destierro? Eso es lo que hacia el autor del poema de la *Primavera*, y gracias á la estación en que se hallaba no era el asilo

de la muerte mas que un hermoso campo cubierto de flores. Así lo da á entender diciendo:

«Bajo esas ruinas cubiertas de ligero musgo, bajo este olmo antiguo, cuyo abrigo solitario extiende religioso luto en el horizonte, reposan los rústicos abuelos de los habitantes de la cabaña. Desafiando el vano desprecio de la insensata multitud, jamás la ambición llegó á turbar su pensamiento. Tal vez en este féretro, rodeado de humildes flores, duerme un hijo de Apolo, que el mismo Apolo no llegó á conocer; un héroe cuyo brazo hubiera fijado la victoria, que no tuvo ocasión de combatir, ni de adquirir laureles; un Cromwell, un Syla, despreciado de los aldeanos, que respetó las leyes, y no llegó á reinar. Así suele la flor solitaria que nace en los montes, no ostentar sus colores pasajeros mas que al desierto, y el oro, rey de los metales, oculta en profundos subterráneos su brillo demasiado funesto al reposo de los hombres.»

Tal vez el autor habría hecho mejor en aproximarse mas al poeta inglés á quien imita. Sustituyó la imagen del oro encerrado en las entrañas de la tierra con la de una *perla oculta en el seno de los mares, la flor que no ostenta sus colores pasajeros mas que al desierto*, no es exactamente la flor que ha nacido para avergonzarse sin ser vista (is born to blush unseen).

Tull many a gem of purest ray serene,
The dark unfathom'd caves of ocean bear;
Tull many a flower is born to blush unseen,
And waste its sweetness in the desert air.

La vista de esas pacíficas tumbas recuerda al poeta los agitados sepulcros en que nuestros principes *aniquilados*, según expresión de Bossuet, estaban durmiendo. Sus fúnebres monumentos no debían abrirse hasta la consumación de los siglos, pero un juicio particular de la Providencia resolvió quebrantarlos antes del fin de los tiempos.

Una espantosa resurrección ha dejado vacías las fúnebres bóvedas de *Saint-Denis*; las fantasmas de los reyes han salido de la sombra eterna; mas como si se hubiesen espantado de volverse á presentar solos á la luz, ó de no encontrarse en el mundo con todos los muertos, como dice el profeta, volvieron á sumergirse en el sepulcro.

Sin duda es una cosa bien digna de atención que algunos de esos espectros ennegrecidos por el féretro, particularmente el rostro de Luis IX, que salió del sepulcro tan negro como el ébano, conservaran tan ilesas sus facciones que se pudo distintamente conocer á quién habían pertenecido. Distinguiérase en su frente hasta los caracteres de las pasiones y hasta los matices de las ideas de que se había ocupado en otro tiempo. ¿Qué es, pues, ese pensamiento del hombre que deja huellas hasta en el polvo de la nada? Puesto que hablamos de poesía séanos lícito valernos de una comparación de Milton. Dice este poeta que despues de haber terminado la obra del mundo, el Hijo divino fué á reunirse con su rey eterno, y que su camino al través de la materia creada aparecía mucho tiempo despues surcado por un trozo de luz: de la misma manera nuestra alma al volver al seno de Dios dejará en el cuerpo mortal la impresión gloriosa de su tránsito.

Merece Mr. Michaud alabanzas por haber hecho uso de contrastes que sirven para mantener despierta la imaginación de los lectores. Los antiguos se servían de esos contrastes hasta en la tragedia. Un coro de soldados está velando en el campamento de los Troyanos; la noche fatal á Rhésus acaba apenas de terminar su curso; ¿se creará que en aquel crítico momento están los que velan hablando de combates, de sorpresas, ó que están haciendo la descripción de escenas horribles? Véase lo que dice el medio coro:

«¡Oid! esos acentos de Filomela que en mil varia-